

América. Un señor de esos con aires de «caballería rusticana» que sólo pueden darse donde la democracia es cierta y donde los dones del saber y del aprender llegan hasta los últimos confines del territorio. El hermano de M. Lebrun viene poco a París, pero vendrá a visitar al Presidente. Y él y los suyos se alojarán en el Elíseo. Los Embajadores se codearán con él y él no se sentirá mal entre ellos. Por el contrario, estará muy a su gusto percibiendo sensaciones nuevas sobre las cuales meditar después en su terruño. Y, de regreso, acaso se sienta más feliz que el hermano mandatario. Y más seguro de su propia vida.

A consecuencias del asesinato de M. Doumer, el protocolo y la vigilancia han aumentado su celo. M. Lebrun será un prisionero de la República y el Elíseo está resguardado como en caso de ataque previsto. Estas medidas alejan al nuevo Presidente del contacto con el público y por bien aceptado que haya sido, es difícil se haga popular. Todo el mundo vuelve a pensar en M. Doumer, tan popular como fué; y aun en M. Doumer, muerto cuando empezaba a aprender a sonreír. . .

M. Lebrun tiene buena estampa y no representa los sesenta años que ha cumplido. Sabe andar con marcha elegante e hizo una buena silueta cuando se exhibió a pie a través de París por vez primera: en los funerales de Doumer.

Quienes presenciemos los funerales del Mariscal Foch, tenemos derecho a considerar que los del Presidente fueron más pobres como espectáculo, si bien también fueron grandiosos. Hubo despliegue de tropas, desfile de mutilados, presencia de personajes; hubo crespones en todos los faroles, desde el Elíseo a Notre-Dame, desde Notre-Dame al Panteón. Pero las músicas funerarias casi no se dejaron sentir. En los funerales de Foch, en cambio, Beethoven y Chopin prestaron las alas de su inspiración para remontar al Mariscal hasta la gloria. A M. Doumer se le llevó en silencio. El brillo de la ceremonia se perjudicó; pero la hondura del homenaje fué más sensible. . .—EUGENIO LABARCA.

REBECA MATTE Y NICANOR PLAZA (1)

AL Congreso se presentó hace poco tiempo una moción para erigir una estatua a Rebeca Matte de Iñiguez.

Nada más justo que fijar en el bronce, a fin de que perdure, el rostro fino, nervioso, de facciones enjutas, de la gran dama que pareció vivir en una atmósfera más tenue que los demás

(1) Conferencia dictada en el Club de Señoras de Santiago

mortales y que, con mano delicada y por la sola vigorosidad del espíritu que animaba su cuerpo frágil, supo dar al bloque de piedra, blandura, plasticidad, forma, para expresar con poética exaltación, vigor hombruno o elevación mística, las visiones que aprisionara sus idealidades, sus ensueños que convirtió en obras de arte, sus congojas que modeló en miembros descoyuntados y flácidos.

Mas, al hacer esta obra de justicia he pensado que debemos hacerla completa, reparando al mismo tiempo un injusto olvido.

En nuestro cielo artístico, de limitado horizonte, caben bien sin hacer sombra dos astros de primera magnitud.

Si Rebeca Matte se distinguió en este arte cuya lengua es el cuerpo humano, hay asimismo otro escultor que, a pesar de sus hermosas obras, ha sido preterido y sus restos yacen en el extranjero.

Hablo del autor de Caupolicán y La Quimera.

Nicanor Plaza luchó toda su existencia; adolescente, con la pobreza, soñaba glorias y se alimentaba con mendrugos; joven, con la envidia y la incomprensión; viejo, con sus desengaños y sus dolencias; en todo tiempo, con la materia que al fin venció al arrancarle la sonrisa, la mueca dolorosa, el gesto imperioso o suplicante, renovando así cada día el milagro de una nueva creación.

Se libertó de las cadenas corporales con los chispazos de su genio, con la potencia de su vida plena de instinto, pensamiento y voluntad.

Los quincuagenarios instintivamente se alejan de los conflictos sentimentales, apartan de sí la idea de ambición y poderío y se refugian en la tranquilidad de una vida egoísta, uniforme y pedestre. Plaza, aun pasados los cincuenta, conservó la sonrisa desdeñosa, la mirada ingenua y firme, la imaginación despierta, la inspiración vivaz y continuó en sus piraterías amorosas de célibe y en su brega artística, como en sus mejores años juveniles.

El mérito de Plaza consistió en haber intentado comunicar a la piedra su febril agitación interna para animarla y darle así el estremecimiento de la vida; su vigorosa fuerza de expresión persiguió siempre este fin. No se dejó arrastrar por un espíritu de mediocre imitación, de artificio metodizado, ni por la tendencia afeminada de algunas escuelas contemporáneas.

Su arte es masculino, sano y fuerte; sin repetirse ni amanezarse, sus obras son el fruto de un pensamiento original; sólo su temperamento guió su mano pronta y experta y su ojo audaz, que poseía el doble sentido de la vista y el tacto.

Todo ello hace que se vislumbre en sus mármoles la sorprendente inquietud de lo que vive, que se note movimiento en los cuerpos que cinceló y que se sienta vibrar el aire en sus contornos.

Caupolicán, obra autóctona en donde el ojo más severo no puede descubrir una línea que sea menos precisa, menos clara que las demás, simboliza el genio viril de la raza; es su mejor canto épico; sin alcanzar la amplitud y alto vuelo del poema *La Araucana*, expresa una síntesis más comprensiva de la pujanza y heroísmo indígena y es por esto más popular.

La altivez agresiva de *Caupolicán* seguramente fué transmutada del sentir del artista, como acumulación de todas las humillaciones y miserias que por siglos soportó su ascendencia proletaria.

La expresión de pujanza de esta estatua es lee en sus enérgicas facciones, en su atrevido gesto y hasta en las menores líneas de su cuerpo; todo él se ha hecho músculo y la sangre de sus venas, osadía.

Junto a *Caupolicán*, parece sentirse el perfume de la selva virgen y su contemplación incita a recordar los gestos de la raza.

La Quimera rememora la actitud hierática de viejos cultos ya olvidados y respira aliento de paganía.

El enigma que encierra no tiene una significación única; las interpretaciones flotan como sombras sobre ella; cada admirador cree encontrarle un sentido nuevo.

El ático pensamiento del artista está representado por una fiera mitológica que conduce muelle y amorosamente una joven núbil, cuya alma poseída por una extraña divinidad, parece entrever más allá de lo visible una perlada y misteriosa noche lunar, plácidamente abierta a su ensueño.

Subrayan el enigma, guirnaldas de rosas con agudas espinas que han rodado a sus pies. Las leves máculas de este grupo no alcanzan a empañar la justeza y exactitud del desnudo; esto, unido al perfecto equilibrio de sus movimientos, le dan la dilatada serenidad en que se bañan las obras clásicas y hacen que, no obstante las morbideces del cuerpo, la gracia venusta del torso y la blanda molicie de su actitud, sea ella una estatua púdica, exenta de toda bajeza sexual.

El arte de Rebeta Matte era más humano que el de Plaza. Sus perennes melodías interiores, arpa eolia que vibraba al soplo de todos los vientos de la vida, las expresó en el lenguaje marmoroso en el cual exprimía lo intraducible: el valor, el pesar, el éxtasis, Sobre la percepción exacta de la visión real puso, además, el velo de su propia melancólica tonalidad. Esta es la

razón de que en su estatuaria aparezca casi siempre la carne flagelada por el dolor o la muerte y de que los músculos fungosos, los hombros caídos, las actitudes desfallecientes, las faces dirigidas a la tierra dominen en Militza, en *Un vaincu* en la elegía filial Dolor, en *Unidos en la gloria y en la muerte* y aún en el canto épico *A los héroes de la Concepción*, pues las figuras enhiestas surgen de entre los cuerpos desplomados.

Hasta en esa exquisita flor primaveral *Enchantment*, que no representa la melancolía del ensueño realizado, sino el éxtasis del ensueño por realizar, hay el mismo mórbido deliquio.

La joven ama antes de conocer al amador. ¿De dónde viene la voz cálida y seductiva que emerge del fondo de la fuente a cuyo borde se asoma? De su mismo corazón agitado. La voz de la fuente es el eco de su propia alma que inquiere; por eso, se ha llamado también a esta estatua «El Eco». |

Las imitaciones de *Enchantment* se han multiplicado como adorno de las fuentes artificiales en las plazas públicas y en los parques aristocráticos. Al verla reflejada en el agua, le encuentro no sé qué analogía con el diálogo mudo del sauce de Babilonia y la laguna rústica, símbolo verdadero de la pasión estática.

Mientras los demás árboles se yerguen buscando la gloria del sol, el sauce se encorva con laxitud; se inclina en constante adoración hacia la laguna; su actitud es la del esfuerzo que hace para besarla, en tanto que por su tronco corre la savia rejuvenecedora.

La laguna está en perpetuo embeleso; su gran pupila abierta y serena revela un amor profundo y absorbente. Mientras las fuentes, los charcos retratan el cielo, el vuelo fugaz de las aves, la velocidad de las nubes, ella sólo tiene miradas para el sauce amartelado. Coquetamente se riza, tiene chapoteos y estremecimientos de pasión, y, como toda amante tiene algo de madre, oculta en el fondo de su seno la tristeza de sus hojas muertas.

Ese éxtasis amoroso lo imita *Enchantment* con mayor idealidad. Como el sauce, el cuerpo de la ninfa se inclina, se dobla al borde de la fuente que besa sus pies, para ver y oír al amante desconocido y sobre ella crecen sus cabellos, sus núbiles senos y sus estáticas miradas.

El talento tan vario, la ilustración tan vasta de Rebeca Matte le impelía a buscar asuntos muy diversos para sus obras, en los cuales hizo gala de numen y de técnica. Tal es el episodio histórico del viejo Horario, al pronunciar la frase célebre *Qu'il mourut*.

Arcilla modelada para fundirla en bronce, más que para vaciarla en yeso o esculpirla en mármol como lo fué, tiene grandiosidad, audacia, más no es bella; sobrecoge, no deleita.

Constituye una excepción en la estatuaria de Rebeca Matte; es ajena a su temperamento de otoñal delicadeza, así como los nocturnos, melodías sentimentales y lastimeras fueron las voces genuinas del temperamento enfermizo y desilusionado de Chopin y extrañas a él, las orquestaciones de majestuosas sinfonías.

En la necrópolis de esta ciudad, sobre un montículo de verde césped, se encuentra la obra más bella de Rebeca Matte, el túmulo filial *Dolor*.

Una mujer plañidera se apoya adosada al muro de mármol que separa el mundo colorido y bullicioso de los vivos del mundo de las sombras que no hacen ruido. Ese muro glacial, enigmático, hostil es más trágico que el *Lasciate ogni speranza* del infierno dantesco.

Es tan real la desesperanza expresada por la actitud, la fisonomía, los brazos desmazelados y los velos caídos de esa mujer doliente que, al contemplarla, me invadió una nebulosa y suave melancolía que sólo desvanecieron la agitación y vocerío de la ciudad al alejarme de ese recinto de tristeza y olvido.

El trofeo «A los Héroes de la Concepción» es el epinicio en bronce de esa hazaña que junto a la de Iquique y de Sangra forman el triheroísmo no superado de la guerra del Pacífico.

Un grupo de muchachos sucumbieron en un aldeorrio de la sierra peruana. Sacrificio sin esperanza de triunfar. En esa lucha desproporcionada por el número, no hubo heridos, ni prisioneros; murieron todos. Epica acción, vértigo generoso de un puñado de héroes que, con el pensamiento fijo en la patria distante y en los deudos amados, cayeron al pie de la bandera desteñida y destrozada por los soles, las lluvias y los combates.

Todo eso lo expresa con relevante intensidad el grupo apretujado de combatientes que, por sobre los cuerpos desplomados de sus compañeros, erguidos, desafiantes, en un último y supremo esfuerzo, alzan la bandera por encima de sus cabezas, de las altas montañas que los rodean y de las generaciones venideras que aclamarán perpetuamente su coraje.

Hay otra obra que no conocemos los que no hemos salido del terruño. Ella adorna el Palacio de la Paz de la Haya e interpreta la idea la guerra fratricida, cruenta, trágica y por contraste, exalta el espíritu nuevo, anunciador de una era de justicia y de paz en la cual deben desaparecer el egoísmo, el aislamiento y la

animosidad del mito nacionalista que conduce invariablemente a la lucha económica o a la guerra sangrienta.

En un lejano devenir, no quedará memoria de los aplausos que hoy se prodigan a los atletas que triunfan, ni del incienso que envuelve a los hombres públicos que surgen, ni de la adulación que infatúa a los favoritos de la fortuna y el poder; mas en el Museo Nacional de Bellas Artes, las obras de Rebeca Matte y de Plaza perdurarán por siglos; como dijo Shakespeare, «vivirán mientras haya ojos que vean y hombres que respiren». Las generaciones venideras irán a admirarlas; contemplación que les permitirá saborear el más puro, sano y estimulante de los placeres, único que no deja remordimientos, el placer estético.

Por esto creo que, cuando el fardo de nuestras deudas se haya aligerado y las estrecheces del erario lo permitan, el Congreso no podrá oponerse al gasto de una pequeña suma para reparar los restos de Plaza.

En el año 1929, se votaron en el Congreso fondos para traer los restos de un jugador de balompié que murió casualmente en España. Para justificar este gasto, no hubo otra razón que la piedad que siempre inspira la muerte de un mozo lleno de juventud y vigor.

El Congreso que aprobó este gasto y este homenaje en favor de un deportista que no había comprometido la gratitud nacional, ni realizado obra extraordinaria alguna, no puede negarse a hacer lo mismo con una de las glorias de Chile.

Es conocido el culto que los países europeos de vieja y refinada civilización rinden a la memoria de sus artistas célebres. Aun los Estados Unidos, nación juzgada como mercantil y prosaica, que, según sus adversarios, paga bien el arte, pero no lo produce, cuando murió su gran músico Gottschak en Brasil, envió su mejor nave de guerra a buscar sus restos.

La ecuanimidad nos obliga a rendir homenaje en una misma iniciativa a estos dos grandes escultores: Rebeca Matte y Niccanor Plaza.

Nacidos bajo el mismo cielo, pero en mundos diversos, como hasta sus nombres propios lo indican, armados del cincel, por la misma ruta ascendieron a la cima, en estética peregrinación, llegaron a la ciudad santa del arte, Florencia la bella, y ahí, la una en su mansión señorial la Torre Rossa de la época del Renacimiento, en las alturas de Fiésolle, el otro en una sórdida buhardilla de la ciudad, lacerados por muy diversos pesares, sus pupilas se apagaron.

Rebeca Matte lo tuvo todo: el talento artístico, la gracia, la

fortuna, el medio escogido, la noble alcurnia, los abolengos ilustres; era la flor selecta de una culta y refinada familia, lo que le dió quizá la melancolía de las generaciones cansadas por el esfuerzo intelectual de sus progenitores. Hizo arte excelso y puro; fué bondadosa y caritativa: lo tuvo todo, menos la felicidad. Una niñez ayuna de maternas ternuras y la ausencia en sus últimos años de caricias filiales, fueron sus penas trágicas; ¡dura compensación de los dones con que la colmó la naturaleza!

Con plumas de ensueño, había formado el más tibio y delicado de los nidos. Un viento aciago lo aventó. Su corazón maternal lacerado la impulsó a adoptar por hijas a niñas sin madre y así formó, con polluelas ajenas, el refugio «Los Nidos».

Plaza, hijo del pueblo, fué la revelación artística de nuestra raza mestiza, su robusto brote; tuvo una adolescencia pobre, buscadora e inquieta; desconocido, trabajó mucho tiempo sólo por el pan y aun después de ungido por la fama, pasó horas de espera, de dudas y de abandono.

No obstante sus heroísmos, en su lucha, cuerpo a cuerpo, con el destino, como en las tragedias griegas, el hado venció.

Sitibundo de perfeccionamiento, partió al extranjero y allá solo, enfermo, inválido, septuagenario, murió lejos de la patria.

Si la gloria y el dolor hermanaron a estos artistas, que han dejado obras admirables, unámoslos asimismo en un común homenaje sin detenernos a trazar las fronteras que los separan.

Una sociedad, un parlamento, un pueblo que honró a sus héroes, a sus sabios, a sus artistas geniales, se magnifica; debemos por esto analtecer la memoria de Rebeca Matte, elevándole su estatua y de Nicanor Plaza, repatriando piadosamente sus restos.—ALBERTO CABERO.

ARMANDO ULLOA

(A propósito de su libro *Poemas de la Tierra*)

HACE más de dos años, ya, desde que recibí la última carta que Armando Ulloa me enviara...

Recuerdo con todos sus detalles esa tarde invernal en que las últimas luces crepusculares caían sobre el pequeño pueblecito de pescadores. La lluvia venía a golpear con sordos aletazos en los cristales del Casino de Aviadores. En la playa, sobre las arenas negras, el viento corría como un loco agitando su pandero destemplado.